

con una mano, como hacen a veces los proletarios desesperados.»

Y así va la vida. Gildo, el pobre hombre solitario, encuentra un día una mujer, dos mujeres. Una de ellas es Elena Cuenda, tuerta y apaleada; la otra es una ramera que baila al son de las monedas. Esta última lo toma un día y lo deja al siguiente, con la misma burlona e inconsciente crueldad con que el boquirrubio engaña al simple Pablo Serpa. Hilachas de almas, estropajos de humanidad. Ahí quedan todos, moliéndose unos con otros, para calentar los huesos ateridos. Y nada más...

Pero ¿para qué más? ¿No está toda la vida en eso?—*F. Santiván.*

## POESIA

ANTOLOGÍA POÉTICA por *Ismael Enrique Arciniegas*—Editorial «Artes Gráficas»—Quito—Ecuador.

Don Ismael Enrique Arciniegas es un conocido diplomático y político colombiano que años atrás fué Secretario de la Legación de su país en Santiago. Antes, lo había sido en Caracas. Después fué Ministro Plenipotenciario en Francia (dos veces). Esto, en cuanto a diplomático que, como político, su carrera también ha tenido fortuna. En varias ocasiones ha sido representante al Congreso, Presidente de la Cámara y Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores.

Paralelamente a estas actividades, ha actuado como periodista colaborando en diversos diarios y periódicos del continente sudamericano y desde el año de 1905 dirige el «Nuevo Tiempo» decano de la prensa de Bogotá. Además, ha cultivado el verso en varias y espaciadas ocasiones, conquistando en ciertos sectores fama de buen poeta.

Su labor en este sentido la empezó con su libro «Poesías», editado en Caracas, en 1893, continuándola con «Cien Poesías» publicado en Bogotá en 1911 y con «Traducciones Poéticas» aparecidas en París en 1925, obra con la que acrecentó su renombre en los «ciertos sectores» a que aludimos más arriba.

El señor Arciniegas es, según propias declaraciones, «fiel a las normas establecidas en cánones de preceptistas» mani-

festándose además «intransigente para sus infracciones». Esta declaración, que comprueba ampliamente su última obra, da a entender al instante la ubicación del señor Arciniegas dentro del panorama poético latinoamericano y hace casi innecesario leer su voluminoso libro para darse cuenta de su contenido y de su orientación.

Está demás, seguramente, que digamos que el señor Arciniegas es todavía un fervoroso devoto del *tabú* de la rima. Esto, casi no tendría nada de particular, siempre que el autor de «Antología Poética» hubiese sido propietario de un lenguaje diferenciado, de un temperamento definido y dentro de la extensión del verso hubiese colocado densidad de poesía. Es sabido, por ejemplo, que Paul Valery no ha abandonado la utilización de la rima en su obra y es fiel a la vestidura clásica de la poesía; no obstante la suya tiene los caracteres de lo fundamental y completo.

No es que nosotros pretendamos que el señor Ismael Enrique Arciniegas o todos los que aun no se evaden de la escolástica de la retórica alcancen la estatura de un Valery; pero si, nos parece necesario exigir ciertas condiciones de novedad en la estructura misma de la poesía, para justificar la fidelidad a procedimientos ya un tanto fatigados y que son difíciles de reanimar cuando no se reúnen la fuerza y la salud requeridas.

Pero el señor Arciniegas no es sólo leal a la rima sino que también le dedica largos versos en su defensa:

¿Decía que la rima ha muerto, y que es ruido  
De compás monótono, muy fuerte al oído  
Y que rotos ritmos son música interna  
Para los arcanos del alma moderna?

¿Música? Mas cuando lo que no es eufónico  
por suerte ha dejado de ser inarmónico?

En esta misma composición que titula «La Rima» dice que la

Poesía es Arte, del Arte la cima,  
Y la estrofa es alma, y es ritmo y es rima,  
Verdad que las reglas son difícil aula,  
Mas falta no hace que entréis a la jaula.  
Y de Arte de numen al soplo y al toque  
Tan sólo ha surgido la estatua de bloque.

Después de leer los versos recién transcritos estamos por creer que la rima se divorció para siempre de la poesía, por lo menos, cuando esta intentó realizarla el señor Arciniegas, porque, si hemos de ser justos, en los versos del autor de «Antología Poética» es imposible hallar una estrofa, un verso siquiera, que sobrepase la mediocridad rimada. Son abundantes de ripios, flojos, sin intensidad expresiva, ni emotiva; ausentes de novedad temática; ricos en rimas vulgarísimas, defecto por lo demás, inherente en la obra de todos los que abusan de ellas. Rima, por ejemplo el señor Arciniegas, ojos con rojos, ojos con hinojos, alma con calma, bellas con estrellas, leve con llueve, colores con flores, brisa con sonrisa, etc., etc.

En realidad, el libro último del señor Arciniegas, da la impresión de haber sido escrito a fines del siglo pasado entre cuyos poetas podría ubicarse al autor de la obra que comentamos y no, precisamente, ocupando los primeros lugares, pues por muy benevolentes que seamos al juzgarlo nos sería difícil reconocerle méritos que, en verdad, no posee. El lector puede juzgar por sí mismo leyendo la composición titulada «El Joyero» y que reproducimos:

Amo las palabras sonoras:  
Quiero de ellas hacer collares  
O sortijas deslumbradoras.

No me cuido de pesares  
O dolores, para con ellos  
Adornar rimas o cantares.

Quisiera en fino metal sellos  
Acuñar, o esculpir perfiles,  
O de mujeres rostros bellos.

¡Si los ritmos fueran buriles  
En la brillantez de oro y plata  
O en la palidez de marfiles!

Sílabas con música grata,  
Palabras suaves, armoniosas  
Con cadencia de serenata.

Os busco, cual gemas preciosas  
En el socavón, el minero  
Busca por vetas tortuosas.

Y las escojo con esmero .  
Luego las manos hundo en ellas  
Como en las gemas el joyero:

Y absorto miro las más bellas:  
Unas fingen perlas, corales,  
Otras diamantes cual estrellas. . .

Amo las voces musicales,  
La melodía leve y clara.  
Y así como la rima rara  
La cadencia de los finales.

Si hemos escogido el «Joyerero» para reproducirlo es porque es una de las composiciones que mejor demuestra la modalidad literaria del señor Arciniegas y la vacuidad de su último volumen, que está lleno de versos por el mismo estilo. A algunos, es verdad, logra infundirles cierto suave romanticismo, poco propio de estos años, pero con el que alcanza a conquistar una pequeña simpatía en el lector.

Ahora, suponemos, ya es más fácil notar que no somos exagerados en la apreciación anti-elogiosa de la «Antología Poética», pues mientras los verdaderos poetas buscan ansiosamente los cauces diferenciados para vaciar la sensibilidad creadora, equivocándose a menudo, acertando a veces, pero siempre en pos de lo inédito y lo nuevo, el señor Arciniegas se conforma plácidamente con ser fiel a los «cánones establecidos» y como consecuencia, fiel al espíritu que ha animado siempre a los seguidores de las normas consagradas.

Tal vez no sea inoficioso manifestar que desconocemos toda obra anterior del señor Arciniegas. No sabemos si es mejor o peor que la «Antología Poética»; pero, si la juzgáramos por ésta, el juicio no podría diferir al presente. Sin embargo, y aunque quisiéramos creer que la labor precedente del señor Arciniegas es de más importancia, nos sería imposible porque quien ha escrito «Antología Poética» no ha podido escribir nunca algo denso, interesante. Si así fuera habría entonces, por lo menos, algún indicio en el volumen recién comentado. Pero, no hay nada.—A. T.